

Miguel DE UNAMUNO, *Filosofía lógica*, Madrid: Tecnos, 2016, 138 pp., 12 x 20, ISBN 978-84-309-6896-1.

Unamuno es un pensador difícil de clasificar; no se preocupa por ser sistemático o incurrir en contradicciones. Sin embargo, en su juventud intentó en este libro construir un sistema filosófico, unificando elementos hegelianos con el positivismo de Spencer, el racionalismo kantiano y el empirismo. Se trata de un proyecto inacabado –y hasta ahora inédito– de crear una filosofía sistemática. En efecto, advertimos destellos del pensamiento hegeliano, pero de Heráclito o Platón, subrayando la continuidad de las ideas a lo largo de la historia: «En la antigua filosofía germina la moderna. En Pitágoras, en Heráclito está Hegel en huevo (p. 90)».

El manuscrito de *Filosofía lógica* data de 1886; actualmente se conserva en la Casa-Museo de Unamuno. En la primera parte del libro los editores (Flórez, García Peña y García Castillo) presentan el libro en el contexto de las intuiciones características de su filosofía. También se tratan las corrientes filosóficas que influyeron en el joven Unamuno y que marcaron su itinerario intelectual. Sin embargo, los editores admiten que no es fácil comprender con claridad esta obra por su brevedad y carácter aforístico (p. 29). La segunda parte incluye el texto de Unamuno, que consta de diez capítulos breves, donde intenta sintetizar el pensamiento clásico, escolástico y positivista.

En el «Prefacio», Unamuno explica su propósito: «dar una explicación lógica de las nociones metafísicas, resolver el valor positivo de las nociones suprasensibles y desarrollar su función lógica (p. 89)». Además, el campo de investigación se reducirá a los «hechos sensibles» que «son como son y ni pueden ni deben ser de otro modo que como son» (p. 91). En el primer capítulo (*La filosofía*) enuncia la definición de filosofía: es un intento reflexivo por explicar la realidad de los hechos mediante ideas, es decir, mediante un lenguaje mental, que es reflejo de la realidad representada y sentida en la conciencia, con su propia existencia ideal: «En filosofía se parte de los hechos a síntesis superiores a los hechos mismos (p. 94)».

A continuación (capítulos II y III) Unamuno limita el significado del término «hecho» a lo primitivo y espontáneo: «el hecho es lo que es y es como es» (p. 99). El hecho, aunque sea una ilusión, es un algo, y por tanto puede ser considerado como axiomático y evidente para el conocimiento humano; es lo primero, anterior a la distinción sujeto-objeto. En el siguiente capítulo, titulado *El hecho y la idea*, el autor precisa su comprensión del término hecho, explicando que se sitúa en el polo opuesto a la idea: «El hecho es hecho por oposición a la idea y esta idea por oposición al he-

cho». Además, Unamuno distingue otros rasgos del hecho: «significa fenómeno» y «la sensación es más fuerte» que la idea (p. 114). Su gnoseología se basa en la distinción entre hecho, representación y objeto. La «representación» es el hecho tal como se manifiesta espontáneamente, sin determinaciones cognoscitivas. La representación es externa, es la parte del hecho vinculado a los sentidos (p. 113): es algo objetivo, real y externo. Y el «objeto» es una síntesis de varias representaciones.

En el quinto y sexto capítulo (*Relación entre hecho e idea. La conciencia y Lo consciente y lo inconsciente*) Unamuno afirma que la conciencia «significa Universo, universo real e ideal, todo está dentro de la conciencia, es decir, de lo conocido» (p. 115). Para Unamuno, la conciencia no es una realidad superior al sujeto y al objeto, sino, más bien, su relación: «La conciencia aparece desde que la idea se opone al hecho» (p. 119). Unamuno desarrolla en el sexto capítulo el problema de la conciencia y subraya que lo inconsciente es lo no conocido, las determinaciones que forman parte de un hecho, pero que no alcanzan la conciencia: «Lo que llaman ideas inconscientes pueden llamarse mejor ideas potenciales o en potencia» (p. 119). En el séptimo capítulo (*El objeto*) retoma las intuiciones filosóficas anteriores, al tiempo que se aleja de la filosofía racionalista acercándose al idealismo: «la idea es hecho, el hecho es idea, lo ideal es real y lo real ideal» (p. 121). Ninguno de estos términos es anterior al otro, porque el hecho y la idea no se pueden reducir el uno al otro: su conjunto constituye la conciencia.

El siguiente problema tratado se refiere a la diferencia entre ser y existir (*Lo que es y lo que existe*). Esta distinción será la clave para comprender «el estar el hombre en el mundo». Según él, «ser es más lato, existir más concreto. Las ideas son, los hechos existen, D. Quijote fue y es, y será,

Napoleón existió. Todo lo que existe es, no todo lo que es existe» (p. 125). En este capítulo el autor también trata de la existencia de Dios. Sin embargo, su postura no parece muy clara. «Dios existe» es una expresión contradictoria, porque «lo absoluto y la existencia son cosas que se repugnan» (p. 127). Unamuno admite que el mundo se puede explicar sin hacer referencia a Dios, porque como admitía también Laplace, no hay ninguna necesidad racional de concebir que hay *un absoluto transcendente* que exista detrás de la cortina de los hechos. No obstante, no rechaza absolutamente la posibilidad de la existencia de Dios, sino que afirma la imposibilidad de demostrar racionalmente su existencia, porque «Dios o el alma [...] no son proposiciones evidentes» (p. 127).

Los dos últimos capítulos titulados *Lo ideal. Naturaleza y origen de las ideas* (IX) y *El conocer. Clasificación de las ideas* (X) son una recapitulación de las intuiciones anteriores. Unamuno advierte que el pensamiento tiene carácter interior, es un lenguaje inmanente, una regla formada por signos con significado: «El hombre discurre con palabras, y discurrir conscientemente es hablar, la idea pura es el verbo mental, la palabra interior (p. 134)». El décimo y último capítulo tratan del conocimiento, aunque Unamuno lo dejó inacabado.

La *Filosofía lógica* es un texto imprescindible para entender las obras posteriores de Unamuno: algunas de las ideas presentadas en este libro se precisaron posteriormente; otras desaparecieron. Aunque sea a veces poco comprensible por su estilo aforístico este libro supone un interesante intento de unir el positivismo con la metafísica hegeliana. Quizás el mismo Unamuno se dio cuenta de la imposibilidad de tal intento, y por eso no llegó a concluir un sistema filosófico coherente.

Adam JESZKA